



Pietro Benvenuto.—La princesa Corsini y la señora Scotto

midad romántica. Un «lied» de Schubert, de Schumann, de Brahms, es como un poema viviente sobre la mesa. La resistencia que todavía encuentran ante muchos públicos estriba en esa su inalienable postura de confianza, de rincón. La poesía y la música, juntas, expresan la más dulce madurez del siglo XIX. Unos cuantos grabados, alguna carta, nos dicen lo que esa música quiso siempre ser: «música de ocasión» en el goethiano sentido de la palabra, música muelle aunque sea trágica, música para paredes familiares, discreta y rica como un «diario».

*

Nosotros hemos sido todavía testigos de una radical transformación en los temas decorativos. Hace diez años aun imperaba la moda de las paredes desnudas, de los muebles montados en acero, de la iluminación indirecta. De pronto, acompañado con el neorromanticismo de las mejores películas, el asalto a las viejas casas de muebles. Los quinqués, los viejos quinqués despreciados por todos, solitarios en el destierro de los desvanes, ocultan irónicamente las bombillas. Reaparecen las arañas, los grabados, las molduras, los espejos con lágrimas. Más: el viejo piano de mesa, ni útil antaño para la venta al peso de su madera, ingresa triunfalmente en las casas. La «sala», denominación que ya parecía anacrónica a nuestros padres, adquiere significación otra vez. Sólo una cosa se resiste al «nuevo» estilo: el gramófono...

La música, aquello que fué aire y calor de esos muebles recupera-



Terboch.—Lección de música

Sobremesa con música de Schumann y de Schubert en la mansión de una familia patricia